

DE LOS INSTRUMENTOS DE LAS BUENAS OBRAS
Una lectura del Capítulo IV de la *Regla* de san Benito

Señor Jesús, cuando el monje ve que se apagan todas las luces naturales, entonces despierta al diálogo de la fe y descubre que eres Tú quien le dice hoy:

1. “Ámame con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas.
2. Y ama a tu prójimo como yo te he amado”.

Entonces, Señor, comprende qué es lo que le pides y te responde:

3. “No te mataré guardando rencor. 4. No adulteraré con ídolos. 5. No hurtaré aquello de lo que Tú quieres privarme. 6. No codiciaré otro bien que Tú mismo. 7. No daré falso testimonio, aunque esté en juego mi reputación”.

Así, Dios mío, ya puedes develar ante él tu Rostro amado, diciéndole:

8. “Hónrame en todos los hombres. 9. Acuérdate de cuánto has deseado ser respetado en tu dignidad humana: haz lo mismo con los demás. 10. Renuncia a ti mismo para seguirme enteramente”.

Ahora, Señor, el monje recuerda que ‘a tu derecha está la Reina’, la que sabe como nadie llevarlo a esta entrega: 11. “Castiga tu cuerpo, expulsando lo que no es obra del Espíritu Santo. 13. Ama el ayuno, y la Eucaristía te saciará. 14. Alivia a los pobres, aceptando, sin reclamar, que te falte lo necesario. 15. Viste al desnudo, cubriendo con el manto de la caridad las miserias del prójimo. 16. Visita al enfermo despreciado. 17. Sepulta con tu oración a los que han muerto como malhechores. 18. Ayuda en la tribulación a los que te han atribulado. 19. Consuela al dolorido ‘mostrándole los lirios del campo y las aves del cielo’. 20. Séante extraños los procedimientos de este mundo. 21. No antepongas nada al amor de tu Redentor”.

Tocado de compunción, exclama: 22. “Señora, Madre de los monjes, ayúdame a no satisfacer mi ira; 23. a no guardar resentimiento, que es el cáncer de mi alma, 24. a no tener un corazón doble. 25. Y Tú mi Señor, haz que comunique la verdadera paz; 26. que no me canse de amar; 27. que sin jurar, diga ‘sí, sí; no, no’, evitando ponerte por testigo de mis iniquidades; 28. que colmado de Ti, que eres la Verdad, mi corazón y mi boca destilen verdad”.

Luego, comprendiendo quizá por primera vez el sentido de tu Pasión, aprende a escuchar tu Voz salvadora:

29. “No devuelvas mal por mal. 30. No injurias a nadie, sino sufre como Yo, pacientemente, las injurias que te infieran. 31. Ama a los que te dañan. 32. Bendice a los que te maldigan y ora por los que te maltratan. 33. Sufre que te persigan cuando quieras vivir mi justicia.”

Al llegar aquí, el monje conoce su profunda debilidad, y suplica:

34. “Señor, ayúdame a vencer mi soberbia, 35. mi violencia pronta a estallar, 36. mi glotonería disfrazada de necesidad, 37. mi preocupación por dormir, 38. mi pereza para el sacrificio de las obras extras, 39. mi prontitud para murmurar, 40. Y no permitas que mis labios, que reciben tu santa comunión, pronuncien palabras de detracción, palabras

de muerte. 41. Haz que pueda poner toda mi esperanza en Ti, como la más perfecta entrega de amor. 42. Y así unido a Ti, veré con tus propios ojos el bien que has ido obrando en mí. 43. Pero también podré asumir la plena responsabilidad de mis malas acciones”.

Como nadie conoce al Padre si Tú no se lo revelas, ahora conduces al monje contrito hacia Aquel ‘que lo llamó desde el seno materno’ y abres sus oídos a su enseñanza:

44. “Teme el día del juicio, con el santo temor del humilde. 45. Ten espanto del infierno, porque ‘el que crea estar en pie, tenga cuidado no caiga’. 46. Desea la vida eterna, por la cual suspiras día y noche, con *perseverante* ardor espiritual. 47. Considera cada día como el último de tu vida, y caerán las ataduras que te impiden correr. 48. Vela a toda hora sobre tus acciones: que sean enteramente sagradas y expresión de tu amor a Cristo. 49. Busca encontrarte con mis Ojos en todo lugar”.

Al conocer tu mirada, única en su vida, recuerda el monje la enseñanza de Jesús sobre tu Espíritu Santo, el que guía hacia la verdad completa, desde dentro del alma: 50. “Estrella de inmediato contra la Roca santa, que es Cristo, los malos pensamientos que vienen a tu corazón, y manifiéstalos a un anciano espiritual. 51. Guarda tu lengua de conversación mala, la lengua que habla de la abundancia del corazón. 52. No ames hablar mucho, para que hable en tu lugar ‘el Único que tiene palabras de vida eterna’. 53. No hables palabras inútiles o bromistas en horas de silencio, porque te instalan en la superficialidad y disipan al que te escucha. 54. No ames la risa fácil, porque no revela una verdadera alegría sino falta de hondura espiritual”.

Hambriento de profundidad, el monje levanta sus ojos hacia Ti, Señor Jesús y 55. busca las lecturas santas porque en ellas te encuentra; 56. se entrega con frecuencia a la oración, para acrecentar su deseo de verte y oírte; 57. te confiesa diariamente con lágrimas y gemidos, sus pecados pasados que desdibujan tu Rostro. 58. Y clama por tu ayuda para poder enmendarse de esas mismas faltas. 59. Lucha por no satisfacer los deseos de su carne, 60. detestando su propia voluntad que lo separa de la tuya. 61. Reaviva en todo momento su fe en que el Abad te representa, y se esfuerza por obedecerle en todo cuanto le manda, seguro de que Tú hablas por su boca. 62. Se humilla en su corazón ante la vista de sus propias infidelidades, cada vez que el demonio lo tienta haciéndole creer que es santo, pero procura serlo para estar más cerca de Ti.

Así unido contigo, los últimos instrumentos de la venerada Regla cobran vida en tus propios labios:

63. “Cumple cada día, con obras, los preceptos de Dios. 64. Ama cada vez más tu virginidad: que nunca deje de ser objeto de tus súplicas, para que en ella alcances la perfecta fecundidad. 65. No odies a nadie porque ‘todo hombre es tu hermano’ y ‘nadie aborrece su propia carne’. 66-67. No tengas celos ni envidia, porque Yo amo a cada uno en singular, y mi relación personal es creadora e irreplicable. 68. No te agraden las discusiones porque allí no estoy Yo. 69. Huye la vanagloria, que es veneno para tu alma. 70. Venera la sabiduría de los ancianos y 71. ama la frescura de los jóvenes. 72. Ruega por los enemigos como Yo oré en la cruz. 73. Antes de la puesta del sol, procura ponerte en paz con quien hayas altercado. 74. Y no desesperes nunca de mi misericordia, que ha precedido tu nacimiento, te ha acompañado hasta hoy y te recibirá en sus brazos en la hora de la muerte”.

Al llegar al fin de este capítulo de vida, que desea cumplir incesantemente, cree el monje con firmeza que en el Día del Juicio recibirá del Señor algo más que una recompensa: a Aquel mismo a quien sus ojos aún no han visto sino veladamente, y sus oídos, escuchado como de lejos, y por quien su corazón ha latido sin saciarse.

Mientras tanto, procura trabajar diligentemente con estos instrumentos santos en los claustros

del monasterio, anclado en la comunidad que Dios le ha dado.

Amén

Abadía de Santa Escolástica